

LA ECONOMÍA Y EL ALMA

CUENTOS CORTOS

por Benjamín Castro Guzmán

LA PUERTA FALSA EN SALTILLO



EL DESENROLLO

Cuentos Anti-Juan Rulfo

LA ECONOMIA Y EL ALMA

CUENTOS CORTOS

Lo que perdimos, porque lo tuvimos y ahora lo buscamos.

Cuentos sobre la estrecha relación entre la felicidad y el bienestar económico. (Nota de redactor)

LA PUERTA FALSA EN SALTILLO

4 Cuentos

EL DESENROLLO

5 Cuentos

Por Benjamín Castro Guzmán

CONTENIDO

CAPITULO 1. LA PUERTA FALSA EN SALTILLO

Cuento 1. EL TANQUE.....	3
Cuento 2. LOS ABONOS.....	8
Cuento 3. RELATIVIDAD/ROTACIÓN.....	12
Cuento 4. BRITNEY LA MILAGROSA.....	16

CAPITULO 2. EL DESENROLLO

Cuento 1. VALENTE.....	20
Cuento 2. MILAGRO DE AMOR.....	23
Cuento 3. YA SE MUEREN MENOS.....	26
Cuento 4. BETTY LA LOQUITA.....	30
Cuento 5. EN EL ROLLO.....	33

CAPITULO 1

LA PUERTA FALSA EN SALTILLO

Cuatro historias sobre la íntima relación del alma y sus sufrimientos con la economía. Relación que ha llevado a muchos jóvenes a la desesperación y a buscar la salida por la puerta falsa. (Nota de redactor)

Cuento 1. EL TANQUE

Por Benjamín Castro Guzmán

Cuando regreso del jale - si es de noche o temprano en la mañana, según me toque el turno - me paro en la puerta de la casa donde vivimos yo, mis tres hermanos, nuestra madre y la abuela - la madre de mi madre - y miro para afuera a los alrededores o hacia el centro de la ciudad, Saltillo. Aunque veo muy poco, sé que allá más lejos de mi colonia está la ciudad, la gente, las tiendas, la catedral y el Palacio Rosado como le llaman, el lugar donde están los gobernadores. Me gusta ese lugar en el centro, pero cuando salgo del jale y miro para allá - no todos los días sino a veces, las más de las veces, como se dice - me viene una sensación como un recuerdo de la vez en que mi abuelo me llevó, junto con el Pilo su ayudante, a su trabajo, que entonces era lo que estaba haciendo adentro de un tanque. El Pilo era a toda madre, yo jugaba con él, él siempre inventaba a que jugar y siempre me hacía reír y entretenarme. Yo creo que por eso me llevaba mi abuelo a sus trabajos cuando yo no iba a la escuela porque había vacaciones. Sabía que con el Pilo me entretenía, que no se me haría larga la jornada desde las 7 de mañana hasta el oscurecer y que pasaría contento el día sin cansarme. En los ratos de descanso, si no estábamos jugando, el Pilo me contaba cosas que leía y en su casa le contaban: que los judíos eran los que dominaban el mundo, que eran ellos los más ricos y los más famosos, que había banqueros, pero también artistas o jugadores judíos y esos eran los

que mandaban en todo. ¡Un día me dijo que los judíos habían matado a Dios!, que ellos fueron los que lo crucificaron. Me acuerdo de esa vez, porque en la noche le pregunte a mi abuelo si era cierto que los judíos mataron a Dios, se puso muy serio y me dijo: “A Dios no se le puede matar; ¡Dios es inmortal!” y luego me explicó que una vez leyó a un señor de apellido Espinoza, que no era de acá de México aunque se apellidara así, sino de otro país muy lejano, donde hace mucho frío y hablan otro idioma, y que este señor decía que Dios era todo; que era la gente, la gente buena que trabaja y ayuda a su familia; que era también el sol, los pájaros, las nubes y las flores. Que Dios era todo lo que veíamos y nadie podía matarlo, y era tan bueno que había hecho todo eso para nosotros, para nosotros los humanos, sus hijos. Así me dijo mi abuelo muy emocionado y como con orgullo, como que decirme todo eso lo hacía sentirse bien, mejor que a diario.

Siempre llevábamos lonche al trabajo y mi abuelo me mandaba a la tienda más cerca a comprar refrescos y pan de dulce. Le gustaba mucho a él. Después del lonche siempre se dormía un rato. Se sentaba en cualquier parte donde hubiera sombra y se dormía. Dormía muy a gusto pues hasta roncaba. Pero siempre dormía sentado porque decía: “Así no me ahogo con la comida, no vaya a ser...” y sonreía. Dormía un rato solamente y como que agarraba fuerzas porque luego, cuando despertaba, se paraba y nos andaba gritando “órale, pónganse a trabajar”, “y tú Rica --me decía a mí -- ya estas grandecito” - yo tenía como unos nueve años e iba en tercer año-, “pronto tendrás que jalar para mantener a una mujer y a tus huercos, así que ayúdale al Pilo en lo que te diga, para que aprendas” y se aguantaba la risa para parecer serio y regañón. Así era conmigo mi abuelo. A mí me daba mucha risa que me dijera eso de que yo tendría pronto que trabajar por mí mismo y tener “una mujer”; pero también sentía bonito, como que si fuera muy importante y hasta se me enchinaba el cuero. La vez que fuimos a trabajar adentro del tanque era porque mi abuelo tenía que soldarlo por dentro, para tapar algunas rajaduras y hoyitos por donde entraban chorritos de luz, pero por donde podía salir el líquido con que cargaban al tanque y tenía que arreglarlo para que pudiera volver a servir. Era un tanque viejo y estaba oxidado de muchas partes. Mi abuelo era muy buen soldador, por eso

le dieron esa chamba a él y no a otros más jóvenes. Cuando estábamos adentro a mí me daba miedo, a mi abuelo no, él estaba hasta fumando, pero yo tenía que salirme hasta donde se veía la luz del sol, subirme a la escalerilla de salida, sacar la cabeza y agarrar aire; sentía que me ahogaba, que no podía respirar. “No es cierto --me decía mi abuelo--, te sugestionas, es solo sugerión, así se llama eso...” “Aquí hay bastante aire, ¡aunque esté un poco oscuro!”. Pero yo me sentía igual. Así estuve los días en que trabajamos ahí. Nunca se me va a olvidar.

Mi abuelo y el Pilo podían estar adentro del tanque todo el día, el Pilo raspaba con una lija las soldaduras que hacia mi abuelo, ellos traían una lámpara en la frente y podían ver todo muy claro dentro de la oscuridad del tanque aquel, que era más grande que un camión urbano de los que tomábamos para ir de la casa al trabajo y les caben hasta unas 40 gentes. Yo no, yo le tenía mucho miedo a esa oscuridad y lo peor no era eso, como les decía, sino que también sentía que perdía el resuello, que no me alcanzaba el aire ahí adentro, así que me la pasaba arrimado a la escalera de salida y cerca de los trabajadores que hacían trabajo afuera del tanque. Hacían lo mismo que mi abuelo, pero por fuera del tanque y otros lo lijaban y pintaban. Cuando me veían sacar el cabeza desesperado me gritaban “ni te creas chamaco afuera está más caliente y te quema el sol, ¡metete mejor chamaco!” Decían y se reían, creyendo que yo sacaba la cabeza del tanque porque me daba calor. Pero no era por eso, era porque sentía que me ahogaba y que me faltaba la respiración.

Ahora que ya estoy más grande, cuando regreso del jale, ya sea por la mañana, la tarde o en la noche, - según el turno que me toque - al llegar a mi casa me como algo, ya sean huevos con frijoles o tortillas con queso y frijoles, o solo unos panes con queso y salsa, y me siento a esperar que me dé sueño. Si llego temprano en la mañana ya no encuentro a nadie. Mis hermanos salen desde temprano. Mi madre también, pues ayuda en una cocina de un restaurante y mi abuela apoya a una señora más grande que ella, que no puede caminar, y ella le hace todos los quehaceres y le da sus medicinas. Ya no está mi padre, ese se fue hace años, dizque para el otro lado y ya no supimos de él. Mi abuelo tampoco esta. El murió hace unos años y desde entonces yo ya no me siento igual. Solo veo pasar los días. Ya no llega en las

tardes de su trabajo trayéndome algo o fingiendo regañarme para hacerme reír: “Muchacho ¿pues que anda haciendo usted?; ¿se siente Juan Camaney o qué?, ¿no hizo lo que le dije o qué?”, me reclamaba riéndose. Murió atropellado pues se cayó al tratar de agarrar el camión, nos avisaron de la policía. En su trabajo ni siquiera se dieron por enterados. Dicen unos amigos que iban con él y lo vieron morir, que murió tranquilo, como resignado y que no pidió ayuda ni auxilio a nadie, aunque estuvo consiente un rato antes de morir. Como que no quiso que lo vieran asustado o con miedo; ni tampoco pedirle a Dios o reclamarle, aunque era creyente. Yo lo encontraba a veces rezando frente a la pared de su cuarto, donde la abuela tenía un crucifijo. Era cuando había problemas, cuando no alcanzaba el dinero para la comida o para pagar la renta. Rezaba mucho también cuando iban pasando los meses y no sabíamos nada de mi padre, pues nunca escribió ni mando dinero. Mi abuela, que era la suegra de mi padre, era la que decía a veces: “A ese lo han de ver matado los polleros o los malitos porque no llevaba dinero ni pa pagarles lo que cobran por cruzarte al otro lado”. Mi madre cuando oía eso, solo volteaba la cara y apretaba la boca y con los ojos vidriosos de llanto, pero tratando de no quebrarse, de no dejarse abatir o fregar por la pena, la soledad y el abandono. Después de que sepultaron a mi abuelo, como dos días después, mi abuela fue a la empresa donde trabajaba, a pedirles ayuda o una pensión. Pero no le dieron nada porque mi abuelo no tenía plaza y lo tenían como trabajador eventual, y le pagaban según lo que fuera haciendo. Así trabajo yo ahora también, creo que solo mis hermanos tienen esos derechos, o eso dicen, quien sabe, esta difícil aquí en Saltillo. Mi abuela y mi madre no tienen nada, ni siquiera pueden ir al seguro. Y ya están grandes, aunque gracias a Dios, no están enfermas. Solo están un poco gordas y dicen que eso luego hace daño, que a la gente se le sube el azúcar en la sangre y se empiezan a enfermar de muchas cosas. Aquí en el barrio hay varios vecinos que “tienen azúcar”, así le dicen ellos. A veces pienso que ya toda la gente mayor tiene azúcar, pero no puede ser, no son tantos. A un señor le cortaron las piernas por el azúcar y ahora siempre está afuera del súper pidiendo ayuda en su silla de ruedas. Se ha ido poniendo cada vez más flaco y más chiquito, como si encogiera, porque antes era gordito.

Pero les decía. Cuando regreso de mi jale, me paro en la puerta y miro alrededor. A veces en la mañana, cuando estoy mirando para la ciudad y viendo las casas y las calles, pasa una vecina muy bonita. Siempre trae unas trenzas amarradas arriba de la cabeza y en ocasiones usa un reboso, de esos que se cubre desde la cabeza hasta la cintura. Como que se cubre con él para que nadie la vea, pero se ve su cara y se sienten sus ojos. Se llama Hilda, según supe. Camina muy bonito, como de brinquitos y cuando la veo me entra alegría, como que me dan cosquillas o no sé qué en todo el cuerpo. Como cuando llegaba mi abuelo del trabajo y empezaba a darme carrilla y me daba mucho gusto y risa. Algo así me pasa con ella, aunque diferente. A veces voltea a verme y entonces como que pierdo las fuerzas, como que me aguado o me desvanezco y me da como pena o vergüenza. Pero luego ya no la veo y entonces, las más de las veces como les decía, me vuelvo a sentir así, como que estuviera dentro del tanque aquél. Como que lo que miro alrededor, los cerros, las casas y las calles, todo se queda vacío, como que si se fueran juntando, rodeándome y que no me dejaran respirar. Como que yo ya no quepo y se me acaba el aire. No sé qué hacer. No se para dónde irme ni pa donde correr...

Por la tarde de ese día los noticieros reportaban que en esa colonia de los alrededores de Saltillo, un muchacho de nombre “Ricardo N”, había sido encontrado ahorcado dentro de su casa, en el baño y que “se quitó la vida” o que había “escapado por la puerta falsa”. Las organizaciones que luchan “Por la Vida y Contra el Suicidio” en la ciudad, reiteraron su llamado a los padres y demás miembros de las familias y a los maestros, a poner atención a los niños y jóvenes que empiezan a tener “conductas raras o no habituales” y les ofrecen los teléfonos de emergencia como “La línea de la Vida”, para que llamen “los jóvenes que tienen pensamientos suicidas”. Que llamen ahí para que un psicólogo especialista los atienda. Son muchos los que lo intentan, pero pocos los que lo logran según dicen las autoridades y de los 50 suicidios que ha habido en el año, hubo más de mil intentos. Los que lo intentaron, pero no pudieron, de seguro no se sienten como Ricardo, como si estuvieran adentro de un tanque, donde no les alcanza el resuello.

Cuento 2. LOS ABONOS

Por Benjamín Castro Guzmán

En mi casa somos yo, mi mujer y dos chamacos, niño y niña y el mayor es el varoncito. Anda en los trece años y ya entro a secundaria, ella todavía no termina la primaria, está en cuarto año. Yo no dejo que mi mujer trabaje porque no podría cuidarlos ni atenderlos. Figúrense, que ella chambea como yo, desde la mañana hasta el anochecer, los niños andarían por ahí rodando solos. Primero muerto que dejar que pase eso. Yo como puedo les he ido dando lo que necesitan. La casita que tenemos la he ido amueblando y ya tenemos la recamara completa, las camitas de los niños, la estufa, una licuadora y el refrigerador que es chiquito, de esos que hay en los cuartos de los hoteles para poner la cerveza y los vinos, pero nos sirve muy bien porque compramos las cosas a diario. Siempre hay unos pocos de huevos, algo de leche y también chorizo, queso ranchero y si se puede pollo o algo de carne de puerco. Las tortillas se van rápido y las compramos a diario. Todo lo que tiene la casa lo hemos comprado en abonos. Poco a poco. Siempre estamos abonando. De mi quincena una parte siempre se va para esos abonos. Mi mujer es la que sabe, ella lleva las cuentas. Pero cuando no podemos abonar, la deuda de lo que compramos aumenta mucho. Por eso, como de vez en cuando no abonamos, la deuda sigue bien grande. A los de la tienda esa, una muy grande que está en un centro comercial, no les molesta mucho que nos atrasemos a veces, más bien les gusta, les conviene. Por eso no nos niegan otro mueble o aparato si lo queremos comprar. Mis hijos quieren que compre una televisión de esas grandotas, que son “inteligentes” dice el niño, que se llama como yo, Jesús. También me han pedido sus celulares, pero pues se tendrán que esperar.

Yo en el trabajo soy constante y cumplidor. Hay otros compas que a cada rato dejan la chamba. Llegan a la fábrica y trabajan un rato. Son buenas gentes. Se hacen amigos de uno y hasta vacilamos y compartimos la comida o los refrescos en los ratos que nos dan de descanso,

pero luego se van. Como que no aguantan. Yo me tengo que aguantar porque tengo que sostener a mi mujer y mis hijos y pagar los abonos. Cuando la lana no me alcanza pido doblar el turno y entro a las siete de la mañana y salgo a las siete de la mañana del otro día. Mi coordinador me dice que estoy loco. Que eso de dobletear me hace daño por estar tanto tiempo sin dormir. “Te va a bajar la eficiencia”, me dice. Quien sabe que sea eso. Pero el dobleteo tengo que hacerlo cuando menos dos veces por semana. Salgo desde la mañana y regreso hasta el día siguiente. Mi mujer me prepara algo de almorcizar, pero a veces me quedo dormido comiendo. Duermo muy bien con un sueño muy pesado. Como si estuviera inconsciente. No sueño ni nada o no me acuerdo si soñé ya cuando despierto. No me repongo hasta en la tarde. Y pues a veces dobleteo doble como quien dice, y en la tarde me tengo que volver a ir. Mi mujer se enoja. Dice que ya no la atiendo como antes. Que ya no nos divertimos en la cama como antes. “Tú has de tener otra vieja en la fábrica”, me dice de broma, desde una vez que se me monto y yo me quede dormido. Ella es de rancho, de acá de la sierra de Arteaga y dice que yo soy su potro y que le gusta montarme. A mí también me gusta que me monte, pero esa vez me quede dormido. Ella no lo olvida por eso dice que yo tengo otra mujer. Pero no es así. Es solo que hay que tener más dinero. Todo va aumentando de precio eso ya lo sabemos todos.

Mi tío Librado vive en Nuevo León, por el rumbo de Santiago y tiene un ranchito que fue el pedazo que el conservó del ejido colectivo donde era miembro y que los demás vendieron sus pedazos por necesidad porque ya les andaba de hambre, eso fue hace unos 30 años según me cuenta, cuando hubo un presidente que les dio a los ejidatarios como él, la propiedad de su pedazo de tierra. Él es hermano de mi padre que en paz descance y me mira como un hijo, me ofrece que le ayude a meter sus animalitos a los restaurantes y el mercado de Saltillo y que no me cobra nada más que el costo del animal. Él tiene su rancho con gallinas, puerquitos y lo mejor, creo yo, es que tiene chivitos que se usan para el cabrito. Si yo me trajera dos viajes a la semana de esos animalitos y fuera colocándolos entre los negocios y haciendo clientela, ganaría el doble de lo que gano ahorita en la fábrica. Pero no tengo dinero para empezar y ni

a quien pedirle que me preste. Un vecino que es amigo tiene una camioneta. El me la ofrece a cambio solo de la gasolina y algo “de desquite”, dice él. Pero, para empezar este negocito que me ofrece mi tío tendría que dejar de trabajar, hacer como hacen los otros compas que dejan el jale una, dos o tres semanas y luego vuelven a buscar trabajo y rápido se colocan. Yo no puedo porque no puedo andar sin dinero y dejar de abonar o de llevar la comida a la casa.

Hace poco, vi que llegaba una nueva maquinaria a la fábrica, en la línea de producción, esas máquinas eran como de alta velocidad. La producción de lo que hacen es mucha más y pagan más a sus operarios. Le dije a mi coordinador que me diera chance de entrarle. Que quería ganar un poco más y que lo necesitaba para dejar de dobletear turno. Me dio chance y por las tardes me quedaba una hora o dos a capacitación. A la semana siguiente ya estaba en esa línea de producción. Tenía que “inocular”, así le dicen los jefes, a un pequeño puntito de metal con otro metal fundido y hacerlo con el 100% de precisión y al menos unas cincuenta veces por minuto. Me dijeron que se toleraba hasta un 10% de falla y que se consideraba merma. La primera semana que estuve en eso, yo pedí estar las doce horas, con unos cuantos descansitos. Sentía que estaba ganando mucho más. Pero me dijeron que había tenido hasta un 30% de falla, que era mucho y me lo tenían que descontar. Yo trabajo detrás de una vitrina de aumento, como si fuera una lupa bien grande y veo los puntitos del tamaño de una cajita de cerillos. No sentía que me equivocaba en ninguno, pero parece que sí. Eso me dijo mi coordinador. Yo no lo podía notar. No me agüite y pensé que era cuestión de práctica y que la semana siguiente me iría mucho mejor. En las noches empecé a tener sueños con eso. Me soñaba yo solo, en medio de la fábrica, inoculando esos puntitos con una como rifle y los puntitos moviéndose y no les podía atinar. Pero en la mañana me decía a mi mismo: “Ahora sí, vamos por más lanita”. Les prometí eso a mi mujer y a mis hijos. Sobre todo al hombrecito que ya tiene edad para ir entendiendo las cosas. A él no le gusta como vivo yo, ni los dobles turnos y mi salario seguramente tampoco le gustaría si supiera de cuanto es. ¡Jaja esto lo digo de chiste...!

Volví a la fábrica y la semana fue igual. Nunca pude mejorar. Había fallado hasta un 15 o 20%. Mi sueldo seguía igual. A lo mejor resultó cierto lo que me dijo mi coordinador de que

con el dobleteo de turno me iba a bajar “la eficiencia”. Un día, mi coordinador me dijo: “Chuy, lo siento mucho, te tenemos que regresar a la línea 6 dónde estabas. Los patrones no quieren nada de perdidas, lo siento, yo siempre trato de ayudarte, pero no se pudo”. Yo no dije nada, sentí un gran pesar. Como si alguien muy querido se muriera. Como cuando murió papa ya hace muchos años. Esa vez sentí que me quedaba solo, bien solo. Como en medio de un monte, totalmente solo. Ahora sentí lo mismo, pero pude aguantarme y hablar para decirle al coordinador: “Bueno pues, entonces hasta mañana, ahí nos vemos en la línea 6”. Me fui a mi casa. En la noche no podía dormir. Mi mujer y los niños se durmieron y yo me salí al patio más tarde sin apagar la televisión que se quedó encendida dentro de la salita pegada a la cocina. Ahí en el patio pensé que sí podía yo librarme de los abonos y el gasto, y ya no mortificarme, y que no era trabajando pues yo ya había trabajado mucho, con muchas ganas y así no se podía...

Al día siguiente temprano, los noticieros reportaban que: “Un joven trabajador se quitó la vida ahorcándose en el patio de su casa víctima de una depresión”.

Cuento 3. RELATIVIDAD/ROTACIÓN

Por Benjamín Castro Guzmán

“Siempre andas a la carrera”, me dice mi abuela Eduviges cuando recojo los tacos que me prepara, muy de madrugada, para irme al trabajo. Salgo a la calle y está oscuro todavía y las calles de mi colonia se ven blancas, como si la tierra fuera blanca o fuera arena, porque vivo en la subida de una loma y las calles no tienen pavimento de ninguno, ni el de chapopote, ni el de concreto. Me voy corriendo a la esquina para esperar el camión que me lleve a un lugar cerca del centro de Saltillo, donde nos recoge el transporte industrial de la empresa, a mí y a unos 20 compas, para ir a la fábrica que está en una nave en las faldas de los cerros yendo para Monterrey. El chofer del camión que tomo casi siempre es el mismo y ya me conoce, igual los otros que a veces también me tocan. Pero el que más me conoce siempre me hace bromas: “Órale compadre, ¿y ahora por qué tan temprano? ¡No se vaya a desvelar y le haga daño a su salud!” me dice riéndose, porque yo sé que el empieza a trabajar antes que yo, desde las cuatro de la mañana. Ya cuando el camión industrial nos recoge en el centro ya es de día, como las siete de la mañana. Para los patrones, lo que importa es que el camión se llene, aunque no sea de un jalón, si llegamos un poco tarde nos esperan, y cuando ya sale es porque lleva unas treinta gentes que van a trabajar desde esa hora hasta el obscurecer. Para ellos no es cuestión de turnos, sino de que salga la chamba, la producción que tienen calculada. Puede ser a las siete o un poco más tarde o más temprano si llegamos. A ellos no les importa mucho porque nos aplican el horario de todos modos y si llegamos más tarde salimos más tarde, en la tarde-noche, como dice la gente a cuando ya se está metiendo el sol. Si llego al autobús a las siete, entonces voy a salir a las siete de la tarde, más o menos. Por eso yo y muchos otros compas, hemos cambiado mucho de trabajo. Como que no aguanta uno ir mucho tiempo al mismo lugar, en esa forma, porque todas las empresas son iguales. Si uno no usa el camión industrial y llega por su cuenta, la chamba dura todo el día o toda la noche. No puede uno sacarle un rato libre al día ni ganarle tiempo. En este que estoy ahora ya llevo unos seis meses, empecé

después de la navidad. Me había quedado sin un quinto, así que agarré lo primero que encontré y fue este que me queda muy lejos de mi casa. Pero los que están más cerca son igual.

No tengo tiempo para salir o para ir a jugar con los compas del barrio. Siempre salgo temprano de la casa y regreso de noche. A lo mejor por eso no soy pandillero y soy de los que no toman ni me meto drogas porque ni siquiera tengo tiempo. Para mí el día se va en ira a trabajar y regresarme. Por eso cambio de trabajo seguido, no pierdo la esperanza de encontrar uno donde si vea la tarde y pueda mirar la televisión o visitar a mis tíos. En la colonia hay dos pandillas, una de los compas que viven hacia arriba de la loma y la otra de los que viven abajo. Los de arriba se llaman los “Elektra”; dicen que es porque en esa tienda compran sus cosas de vestir y se las dan en abonos muy largos, y que todos le deben dinero a esa misma tienda o más bien sus papas, los que tienen papas, que son los que pagan todo. Como quien dice, jalan pa pagarle a esa tienda porque ahí compraron todo lo que tienen en sus casas. Ellos -los compas- tiene sus celulares, sus iPod, sus bocinas y todo eso, porque esa tienda se los fía y están bien enganchados. Es que la tienda está cerca de la colonia, nomás bajando en la calle más grande que va pal centro, por eso el nombre ese. Los de debajo de la colonia se llaman solo “Los Boys”, no sé por qué. Nunca platico con ellos. Cuando ellos empiezan a salir a la calle, a la calle Magnolia que atraviesa la colonia, yo estoy regresando del jale o me estoy yendo para el turno de noche.

Mi abuela Eduviges me dice que eso de cambiar de chamba, no es bueno. “Debes sentar cabeza, tener una sola chamba donde aprendas el oficio para que puedas vivir de eso” –me dice--. Pero yo lo que quiero es tener más tiempo. He buscado una chamba donde pueda tan siquiera llegar a mi casa temprano, como a las seis de la tarde, antes de que cierren todos los comercios del centro. Me bajaría del camión de la empresa para ir a comprar algo o solo pajarear en las tiendas o ir al cine. Pero no puedo. Yo no soy como muchos amigos y mis primos que hasta ven los juegos de beisbol cuando se juntan. Para mí no hay eso, solo ir y venir al trabajo y dormir un rato. Siempre es lo mismo y el día de descanso, que es el domingo casi siempre, nomás quiero dormir, descansar un poco y el día se me va parejo, bien

dormido. Por eso dejo los trabajos pronto. Busco otro que me deje sentir que una cosa es la mañana, luego la tarde y luego la noche y no solo las doce horas iguales en el jale, y las otras tres o cuatro en el camión. Pero no lo encuentro. No lo encuentro por más que le busco.

A veces en la noche, cuando ya estoy en la casa, mi abuela Eduviges me dice: “Tengo mucha fe que pronto encontraras una muchacha buena, trabajadora, decente y que te quiera. A tu edad tu abuelo y yo ya nos habíamos arrejuntado. Después nos casaron nuestros padres, pero ya no estábamos solos. Así con tu pareja te dan más ganas de trabajar, de ir comprando un terrenito para hacer una casita, de tener huertos y todo eso. Yo le pido a la Virgencita, la que está en el cerro, que pronto tú hagas lo mismo. ¿No me quiero ir sin dejarte establecido, me oyes?”. Yo le contesto que sí, que ya la ando buscando. Pero no es cierto. Yo solo tengo tiempo para jalar y dormir un poco. Así es todos los días. Hay una chava que me gusta en el trabajo en que estoy. Pero ella no es igual a mí. Ella trabaja en las oficinas de arriba y yo acá, en la planta donde están las máquinas y las líneas de producción. A veces cuando la encuentro en los pasillos me saluda y se sonríe. No sé por qué. No sé si yo le doy risa porque soy solo un “operario”, que es como nos dicen los jefes, y ella es ingeniera o licenciada. No sé. Pero es muy bonita y habla muy bonito. Me cae que si no estuviera ella en esta chamba ya me habría ido a buscar otra. Tengo miedo que me dé por quedarme en esta chamba por mucho tiempo solo por verla a ella. ¿Y si ella se va y no vuelvo a verla? Ni siquiera sé por dónde vive. No me atrevo a hablarle, me siento menos, como poca cosa frente a ella. Yo creo que mi abuela Eduviges y mi abuelo Tomas se casaron jóvenes porque se conocieron en el rancho de donde son, eran vecinos y vivían iguales. Aquí en la fábrica los operarios trabajamos abajo. Arriba en las oficinas los que son gringos o japoneses - me han tocado de todos, hasta chinos - y los que son ingenieros o contadores mexicanos, y acá abajo nosotros los operarios. Ellos trabajan menos tiempo y se van en sus carros temprano en la tarde. Solo nosotros, los operarios, esperamos el camión industrial que nos lleva al centro de Satillo, cuando traiga al turno que sigue. Por eso para nosotros no hay turnos, ni mañanas, ni tardes, solo el jale de doce horas y las tres en el transporte. A veces ya muy oscuro, a veces con sol, pero siempre lo mismo.

Un día, muy temprano, desperté y miré pa la calle. Sentía que me veía llegar yo mismo ya en la noche. Que podía verme yo muy clarito, como si estuviera yo en el techo, arriba de la puerta, viendo para abajo, y al mismo tiempo yo mismo fuera llegando a esa puerta ya oscureciendo. Sentí que no podía ser. Que yo no quería verme así llegar una vez, luego otra, y luego otra y así pa siempre; que ya no quería verme así ya más. Me salí al patio, detrás del lavadero me senté un rato y me empecé a sentir triste, cada vez más triste, con la imagen en la cabeza de mi mismo viéndome llegar cansado y fastidiado de la chamba al oscurecer. Como si de pronto me diera cuenta de quién era yo de a deveras. No sentía ganas de seguir siendo ese que vi entrando a la puerta. Ya no lo seré...

Los diarios y la TV reportaron por la tarde que Julio, un jovencito de 24 años, “se había quitado la vida”.

Cuento 4. BRITNEY LA MILAGROSA

Por Benjamín Castro Guzmán

Britney Estaba decidida. Lo había planeado muy bien y conocía el lugar. Ese hotel muy viejo que está en el centro de Saltillo donde ella venía a veces a las tardeadas o a las fiestas que se hacían en el salón del tercer piso, cuando ella estaba terminando la secundaria. Se podía subir a la azotea donde siempre había parejas besándose. Había una barda que llegaba a la cintura y desde ahí se podía ver la calle de abajo, la Alameda que estaba a la izquierda y del otro lado una esquina del palacio del gobierno donde hay una estatua y todo es de color rosado. Britney decidió esto y siempre pensó que sería sencillo. Lo pensaba y calculaba sobre todo durante las noches cuando se quedaba sola en su cuarto con sus dos niños porque Felipe ya tenía tiempo trabajando en el turno de la noche. Decía que así le pagaban un poco más. Se iba temprano, antes del oscurecer, y regresaba en la mañana. Ya siempre era así. Así que había momentos en que Britney sentía que no tenía marido. Como si fuera viuda o dejada. Así que pensaba en llevar a los niños, subir las escaleras del hotel que dan a la calle y luego subirse al viejo elevador para ir directo a la azotea y hacerlo. No aguantaba ya más vivir en la casa con sus suegros. Ellos no la querían, sobre todo el suegro, Don Alfonso, porque la suegra, Dona Bertha, quería mucho a los niños y la trataba mejor o cuando menos la toleraba. Don Alfonso no, él decía que era una huevona, que debería de trabajar. También decía que eran una resbalosa y que el puro nombre que tenía, el de Britney, era de piroja. No era cierto, sus papás le pusieron así porque cuando nació, hace unos 30 años, había una cantante de moda, que era gringa, y se llamaba así Britney. Y es que además ella era blanca y algo güerita. Su pelo no es negro ni café, y cuando era más joven y de niña, era güero. Su papa la

presumía a los parientes que todos eran personas más o menos morenos y de pelo oscuro. Ella era como la güerita de la familia. Pero para su suegro eso era malo. Si los hombres la miraban él decía que ella era una resbalosa. Una ofrecida. Pero Britney le sabía otras cosas que no podía decir ni a su marido ni a nadie. Don Alfonso la espiaba cuando iba al baño a bañarse

o al escusado. Britney tenía mucho miedo de que le hiciera algo y su marido la culpara a ella y la corriera de la casa y le quitara a los niños. Ese miedo la atormentaba mucho. Por eso pensaba en el hotel. Claro que lo que más quería es que su marido ganara un poco más, o poder ayudarle de alguna forma para rentar una casita para ellos dos y los niños. Pero no podía. No quería dejar a los niños con los abuelos porque también trabajaban. Su suegra, doña Bertha, vendía dulces afuera de la escuela. Más o menos desde las once hasta cerca de las dos de la tarde. El suegro, Don Alfonso, era de muy mal carácter. Nunca quería cuidar a los niños o jugar con ellos. Siempre los regañaba a pesar de que son muy chiquitos. El mayorcito tiene seis años y la niña apenas tres.

Por eso se decidió esa mañana y se fue para el hotel del centro de la ciudad. Les dijo a sus suegros que llevaría a los niños al seguro para ver lo de sus vacunas. No pidió para los camiones pues tenía algo de dinero para los gastos de la semana. Cerró bien su cuartito donde dormía con los niños y donde dormía su marido durante el día. Lo dejó dormido, bien dormido, como dormía todos los días porque llegaba muy cansado. Una vez, enfrente de la casa a un camión se le reventó una llanta y el ruido sacudió las ventanas de las casas en el barrio, parecía

una bomba o una explosión, pero Felipe no despertó, ni siquiera se dio cuenta. Britney sabía eso y le cerró la puerta bien cerrada, como queriendo con eso que no se diera cuenta de lo que iba a hacer, para que no se diera cuenta y saliera corriendo a detenerla. Pero Felipe no podría saber nada. Nunca hablaron de ello. Ni mucho menos la oyó salir.

Así que Britney llegó al hotel y los empleados la vieron con simpatía porque venía con sus niños y bien arregladita como señora de clase media. Subió las escaleras de enfrente y tomó el elevador. Llegó al tercer piso donde se hacían los bailes y luego subió a la azotea. Rápido se acercó a la barda y puso a los niños a un lado. Pero en ese momento empezó a pensar viendo para abajo, para la calle. Como que se le vinieron muchas cosas a la cabeza, como un remolino de cosas en su cabeza y se sumió en ellas. Veía muchas caras y oía muchas voces que hablaban con ella. Han de ver pasado unos 15 minutos y ya la gente que pasaba por la calle de abajo,

sobre todo de la acera de enfrente la empezaron a mirar. En un rato varias personas gritaban: “!llamen a la policía!” o “!llamen a los bomberos, esa señora se quiere suicidar!”. Mucha gente se juntó. Más de 100 gentes en la banqueta de enfrente y rápidamente llegó la policía. Principalmente los que estaban cerca estacionados en La Alameda. Rápido subieron algunos de ellos a la azotea. Uno de los policías, alguien joven, se le acercó y le dijo con mucho respeto y como tratando de entenderla: “no salte señora, piense en los niños”. Luego otros la rodearon y le impidieron saltar mientras que abrazaban y cargaban a los niños. Ya no pudo hacer lo que había pensado. Ya después como que recuperó el conocimiento. Había un cura con ella y este le proponía que se confesara, que le confiara a Dios sus pensamientos por la vía de un sacerdote como él. Que Dios comprendería todo, le decía. Cualquier sufrimiento, cualquier dolor. Ella nomás lo oía, pero sentía que ya no estaba tan sola. Como que toda esa gente que la rodeaba, los policías, los empleados del hotel, el cura y también algunos periodistas que ya habían llegado y le tomaban fotos, eran sus amigos. Como los que tenía en la secundaria cuando nunca se sentía sola ni sufría. Más tarde la llevaron ante la autoridad. Ahí le dijeron que no podía tener a sus hijos por un tiempo y que su marido Felipe tampoco, ya que ella les había contado sobre su trabajo de noche. Le dijeron que los niños irían a un refugio del DIF del estado. Que ahí se harían cargo de cuidarlos y alimentarlos y cursarían el kínder. Que el estado se hacía responsable de ellos.

Britney se alegró. No sufrió porque se llevaran a los niños, como que sintió alivio. Pensó que eso le permitiría trabajar y ganar algo y junto con lo que gana Felipe poder rentar una casita para ellos dos y los niños. De repente se le vino a la cabeza la idea de que por eso subió al hotel, por eso se tardó en hacer lo que pensaba hacer. Como que si hacia eso Dios la iba a socorrer y le ayudaría. Sobre todo, por qué “Dios cuida y ama a los niños y siempre los protege”, como le decía su madre cuando ella también era niña. Ahora siente que Dios la socorrió. Que desde donde está le mando todo eso. Los policías, la gente, el cura y los periodistas

para que le ayudaran. Para que ya no volviera a estar sola. Y que pronto, cuando trabajara ella y ganara algo podrían tener su propia casita, una casita solo para ellos y los niños y después ir a recoger a los niños y hacerse cargo de ellos y que la autoridad se los permitiría.

Por la tarde, los noticieros informaban: “Policías salvan a mujer en situación desesperada de escapar por la puerta falsa. Recibirá ayuda psicológica y el alcalde prometió ubicarla en algún empleo del municipio. Salvan también a sus hijos que quedaron bajo resguardo del DIF.”

CAPITULO 2. EL DESENROLLO

Cuentos anti Juan Rulfo

Y ahora cinco historias sobre la íntima relación entre el alma y una economía que mejora; no es siempre, pero cuando esto pasa a muchos los lleva a la esperanza y la alegría, y los aleja de las puertas falsas.

(Nota de redactor)

“Los países subdesarrollados tienden a desarrollarse dentro de un desenrollamiento natural porque si no, nos enrollamos...”

Mario Moreno Cantinflas

Cuento 1. VALENTE

Por Benjamín Castro Guzmán

– Mamá, mamá, ¿te acuerdas del Valente?, ¿el niño que llegaba todas las tardes a la tienda para jugar conmigo cuando estábamos en la parte oriente? ¡Ya camina mamá!, ¡y está trabajando en una sastrería en la calle Pedroza! Cuando lo vi le agarró la risa, se puso muy contento igual que yo porque no nos veíamos desde que éramos muy chicos.

Yo lo recuerdo con sus piernas hechas un ocho -- así la decíamos “el ocho” –, porque tenía la polio y sus piernas eran muy flaquitas y las tenía cruzadas hacia adelante y para moverse avanzaba con sus nalgas y usaba unos como dados de madera que traía en las manos para empujarse. Sus pantalones se le acababan rápido y su mamá los remendaba, les ponía uno como parche para la parte donde se arrastraba en la tierra o el piso. Pero siempre andaba riéndose y siempre quería jugar. Nos íbamos para atrás de la tienda cruzando por el tejaban del taller mecánico para llegar a la parte del llano que llegaba hasta la calle que terminaba en

las vías del ferrocarril. Jugábamos a todo. Valente siempre quería jugar a todo. A veces solo a ver pasar el tren y oír sus pitidos, o cuando esos trenes entraban a la despepitadora extranjera de donde sacaba muchas pacas de algodón. Había varias algodoneras en el pueblo y todas tenían nombre en inglés. Nosotros contábamos hasta donde podíamos las pacas de algodón que iban descubiertas en cada furgón rumbo al puerto que estaba cerca para de ahí, para irse a otros países, según nos decían los señores grandes. A Valente sus papas solo lo dejaban salir un rato, como desde las 4 hasta que empezara a anochecer. Vivía en un chiname cerca de la tienda de mi madre y mi abuela. Cuando ya se iba a para su casa, a veces yo le regalaba pan dulce o algunas zurrapas que quedaban en la vitrina del pan de la tienda, porque esas nos gustaban mucho, más que el pan, porque eran pedacitos de concha, de elotitos, de piedras dulces y de otros, pero revueltos.

Deje de verlo muchos años, como desde los 6 que tenía hasta ahora que ya estoy en segundo de secundaria. Ahora siempre que paso por la sastrería donde trabaja se suelta platicando.

– Ya hasta tengo novia – me dijo el otro día –. ¿Cuál? ¿Una de las niñas de la colonia? – le pregunté – no, no me amueles – me dijo riéndose –. Mi novia si es bonita – agregó antes de soltar la carcajada –. Y así me contaba de su trabajo, de donde vivía ahora, que la escuela a la que va que es nocturna y demás cosas. Pero un día, yo agarre valor de no sé dónde y le pregunte: – ¿Valente, como te arreglaron las piernas?, pues yo recordaba que sus papás eran muy pobres y por eso no podía ir con los doctores ni curarse. Me contó que un día su papá llegó con el diario del pueblo y le enseñó un anuncio. Era del Seguro Social y le pedían a la gente que llevaran a los niños a vacunarse contra muchas enfermedades y que les ofrecían también curarlos de la polio. – Yo no quería ir – me dijo Valente, – me daba mucho miedo, creía que me iban a “meter cuchillo” o ponerme sueros e inyecciones – me dijo riéndose. – Además, mi mamá me tenía que subir cargando al camión que nos dejaba cerca del Seguro Social y a veces no teníamos dinero para pagar los pasajes. Pero quién sabe cómo le hicieron y me llevaban todos los lunes, los miércoles y los viernes. Algunos choferes del camión no nos cobraban, pero otros sí –.

– Ahí en el seguro – continuo – no les cobraban y los doctores y las enfermeras eran muy tranquilos. Siempre estaban platicando y haciendo chistes. Había otros niños como yo, con la polio, pero creo que tenían menos polio que yo porque andaban parados. Yo no me sentí a gusto hasta que conocí al doctor que era el jefe de todos. Era un señor ya con canas y con

unos lentes que parecían fondo de botella, pero era muy tranquilo y a veces, al vernos salir después del tratamiento, le ofrecía unas monedas a mi mama y le decía: “tome, para el camión para que no falten a la próxima consulta”. Y ese doctor, ya grande, fue el que me dijo una cosa que fue lo que más me animó y me quito el miedo: “hubo un presidente de Estados Unidos que tuvo polio como tú. Pa que veas que la polio también les da a los presidentes”, me dijo y me acarició la cabeza. Solo que a él no pudieron curarlo porque la polio lo agarró ya grande, ya con más de 30 años. “Pero tu estas muy chiquillo, así que vamos a curarte para que puedas caminar y hasta correr, pero tiene que aguantar vara y hacer todo lo que te digamos”. – Así empezó todo y mírame ahora – me dijo Valente –, mostrando sus bíceps y el fierro que todavía traía en una de sus piernas, con esa sonrisa que siempre tuvo y que a mí me contagia alegría, como que todo lo hacía feliz o le daba risa, como si le hiciera cosquillas.

Después, ya más tarde, le conté todo a mi mama, todo lo de cómo había sido la curación de Valente. Ella y mi abuela, igual que todos las señoras y señores del barrio, le habían agarrado cariño a Valente, en aquellos años. Ella escuchaba todo lo que le iba contando de Valente, pero de repente, me dio la espalda y se paró de la silla. Yo pensé que se había enojado, que algo le había parecido mal, pero no, era otra cosa, era que estaba llorando y no quería que la vieran.

Cuento 2. MILAGRO DE AMOR

Por Benjamín Castro Guzmán

Doña Petra era una señora amiga de mi abuela que venía del mismo pueblo de ella que estaba más al sur. Vino buscando trabajo para ella y para su hijo y pidió alojarse en nuestra casa por mientras se acomodaba en el pueblo. Mi madre había estado yendo a las juntas de los campesinos en el centro de la ciudad; se hacían reuniones todos los jueves y los líderes informaban sobre las solicitudes de tierra que se hacían. Mi madre había solicitado tierras para sembrar y así mejorar nuestra situación porque vivíamos al día y en una casa que solo tenía dos cuartos de material, y lo demás de láminas y tablas. No consiguió tierra, pero sí un solar o lote en las afueras, en una zona nueva a la orilla y cerca de los canales de riego donde los del municipio querían poblar y ya habían hecho las calles y tenían tubería de agua, aunque no había drenaje y por eso pusieron escusados de pozo. Mi abuela le dijo a doña Petra que ahí se podían acomodar, que levantara un tejaban y que pusieran sus cosas. Le dio también una estufa de petróleo chiquita, con dos hornillas para que pudieran cocinar. Muy pronto la armaron y a los pocos días ya tenían dos cuartitos de lámina y cartón. Doña Petra tenía un hijo que se llamaba José Luis. Él era diferente y la gente hacía chistes sobre él y se burlaban. Mi abuela decía que era “frescolín”. Yo no entendía mucho, pero si sentía que José Luis hablaba de otro modo, como mis tíos las grandes, las mamás de mis primos. Hablaba como señora, pero con voz muy fuerte. Siempre andaba en sandalias y con las uñas largas de los dedos pequeños de la mano. Era muy alto y fornido y muy trabajador. Él levantó el tejaban en unos cuantos días y se puso a vender cosas. A mi madre y mi abuela les enseñó a hacer flores de papel y a encerarlas para vender en las fiestas de la virgen o en el día de las madres. También les enseñó a hacer antifaces, máscaras y gorros para las fiestas del carnaval. A mí me tocaba vender en la plaza cercana a nuestra casa; podía vender hasta 50 en los días del carnaval y mi madre me daba dinero para poder entrar a ver los títeres en una carpa o para pasearme en los juegos mecánicos. Había uno que se llamaba el remolino, si te subías, no podías parar de reírte desde que empezaba a moverse.

José Luis también arreglaba cosas como planchas o refrigeradores. Los vecinos del lote y los vecinos de nosotros lo llamaban para esas cosas cuando lo necesitaban. También ponía inyecciones igual que mi madre, pero no quiso ir nunca a la Cruz Roja, donde mi madre a veces lograba trabajar cubriendo turnos de noche de ayudante de las enfermeras.

Unos dos años después, la señora Petra y su hijo José Luis se mudaron. Se fueron a otra colonia, de las más antiguas, donde rentaron su casa. Ya casi no los veíamos pues dejaron de venir. Cuando yo ya había crecido y ya iba en cuarto de primaria, un día llegó José Luis con una mujer que era su esposa y dos niños chiquitos. Mi madre y mi abuela lo recibieron muy contentas y emocionadas. Él les hacía chistes y les contaba que había sido de su vida. Que logró buenos trabajos, que montó un negocito, que le habían propuesto ir a otra ciudad a levantar un negocio grande y que iba aceptar y que por eso venía a despedirse. Fue un momento de muchas risas, alegría y también tristeza puesto que se estaban despidiendo. Nos dijo que Doña Petra ya no vivía con ellos. Que cuando se casaron se fue a vivir a un cuartito cerca de la casa de ellos pues decía: “¿Cuál es el onceavo mandamiento de la ley de Dios?: ¡No estorbaras!”, contestaba y se reía. Cuando ya tuvimos el primer niño - siguió diciendo José Luis - un día llegó a la casa mi mamá, era domingo, y nos dijo: “Acompáñenme al templo del Señor de los Milagros”. Nos fuimos con ella - continuo José Luis - y ahí frente a la imagen del Cristo Sangrante en la cruz nos dijo: “Ya cumplí mi misión en esta vida, la que Dios me dio; la de sacarte adelante míjo y ahora tu tienes tu propia vida, yo me regreso con mis hermanos a mi pueblo a vivir lo último que me queda, cuando puedan dense la vuelta para verlos”.

Unos momentos después, cuando se fueron y mi abuela los vio que agarraron un taxi en la calle, nos dijo refiriéndose a José Luis: “Esa mujer lo quería mucho, se emperro y por eso lo cambió, y ahora es un hombre”. Ella ya conocía a Flor, la esposa de José Luis desde hacía tiempo. Nos contó que ella - Flor - era una mujer guapa, de esas que todos los hombres voltean a ver en la calle y su familia tenía una tienda cerca y pasaba por la casa para saber de José Luis. Que le contó a ella - a mi abuela - que estaba enamorada de José Luis, que no quería a ningún otro; le pedía que la ayudara a cambiarlo y le lloraba largos ratos a su lado. Así que mi abuela le propuso ir a la iglesia, los martes al Santuario de la Virgen del Perpetuo Socorro y los viernes al templo del Señor de los Milagros. Que ellos sí podían hacer ese milagro y que, si se lo concedían, en agradecimiento, anduviera con un hábito como el de ellos. Un año con el hábito del Señor de los Milagros y un año con el hábito con el de la Virgen del Perpetuo Socorro. Esas eran las dos imágenes a las que mi abuela les encomendaba todo, si uno se enfermaba, si no teníamos dinero para pagar la renta, si no había que comer etc., todo. Por eso mi abuela casi siempre trajo un hábito desde que yo me acuerdo, porque siempre había dificultades y siempre estaba cumpliendo una manda. Flor no llevaba hábito ninguno cuando pasó a despedirse. Quizá los uso menos tiempo o ya los había usado por un año cada uno, puesto que hacía más tiempo que no los veíamos. Quien sabe, pero mi abuela estaba segura de que esas dos imágenes habían cambiado a José Luis por qué “nadie más puede hacer eso”, nos dijo

a mí y a mi madre. “¡Ni modo que un curandero!” - Señaló y agregó muy segura-, “para eso, para lo que tenía José Luis, ¡no hay medicina!”

Cuento 3. YA SE MUEREN MENOS

Por Benjamín Castro Guzmán

Recuerdo bien esa noche, la del ciclón, porque estábamos refugiados en un cuarto de la casa donde teníamos la tienda de abarrotes, lejos de las dos puertas del frente, porque creíamos que por ahí podría entrar el viento que ya doblaba esas puertas hacia adentro; entrar por ahí y llevarse todo y hasta a nosotros mismos. Pero no fue de ese modo. Lo que pasaba era que el viento subía y bajaba el techo que era de láminas de cartón, de esas negras que tenían aceite y eran resistentes, y estaban clavadas a las vigas de madera. Era como un cartón grande que subía y bajaba y dejaba entrar el viento y la lluvia, pero arriba, no acá abajo con nosotros. Ha de haber durado toda la noche el ciclón y mi abuela se encomendaba a Dios y le pedía que nos salvara y que si no quería o no podía, que me salvara a mí. – “Él está muy chiquillo, déjalo vivir señor, no te lo lleves, llévanos a nosotros” –, decía besando la cruz de un rosario que siempre traía; y mi madre me abrazaba cubriéndome con su rebozo y me daba besos. Ella que era tan fría y tan distante en ese momento no quería soltarme y me cubría. Pero no nos pasó nada y el techo de la tienda quedó donde mismo, nomás dejó entrar agua y tierra y piedras cuando subía y volvía a caer.

En la mañana que salimos de la tienda ya estaba el sol muy fuerte, el cielo estaba limpio y ya no hacía viento. Más tarde pasaron algunos tractores jalando batangas en el lodazal y los charcos y había gente de la Cruz Roja, bomberos y algunos policías. En la orilla de la colonia del oriente llegaron los helicópteros del ejército que venían del puerto cercano. Traían agua y bolsas con cosas de comer y venían con algunos médicos y enfermeras. Iban y venían llevando algunos que estaban heridos hacia el hospital que estaba en el centro del pueblo, donde había pavimento y no hubo muchos destrozos y heridos, pero a donde no se podía llegar por tierra, porque entre el centro y la colonia oriente había charcos que parecían lagunas y aparte mucho lodo. Nosotros, mi madre, mi abuela y mis amigos de la colonia nunca habíamos visto un helicóptero, ni de cerca ni de lejos, solo las avionetas que fumigaban los campos agrícolas y otras que pasaban y tiraban propaganda de algunas tiendas y nosotros les gritábamos: “¡Tira papeles, tira papeles!” e íbamos corriendo a colectar todos los que podíamos. Era como una especie de honor para los niños el poder agarrar esos papeles o agarrar más que los demás niños.

No supimos de ningún muerto en ese ciclón o no nos lo dijeron. Es más, creo que ninguno de nuestros amigos entendía bien qué era eso de la muerte. Solo sabíamos que en un satélite

de Rusia había muerto la perrita “Laika”, allá en el cielo, porque mi mama, cuando anochecía, nos mandaba a dormir al patio en unos catres y desde ahí podíamos ver el “pájaro madrugador”, otro satélite que era de los gringos y pasaba en las noches por el cielo. Pensábamos que eso era el cielo, un lugar a donde se podía ir y los muertos iban; no nos preocupaba y menos nos daba miedo. Por eso, una vez que supimos que en uno de los chinames más chiquitos - de los que había una hilera frente a la cerca de la despepitadora de algodón - murió una niña recién nacida, fuimos a verla sin entender, como si fuera un juego. Vimos la cajita de cartón donde estaba ella en medio del único cuarto del chiname de cartón y piso de tierra. Su madre estaba tirada en el suelo como dormida. De repente despertaba y volvía a gritar y volvía a caer desmayada. No había más que otra señora que la cuidaba y la abrazaba y le ponía un algodón con alcohol para que se despertara. A nosotros, yo y mis amigos, nos dio mucha lastima, pero no miedo, ni nada de eso. La gente no decía nada de porqué murió la niña.

Además, mi madre y mi abuela me decían que mi padre murió cuando yo todavía no nacía. “Cuando venias en camino” -me decía mi abuela-, quien siempre cuando estaba cariñosa me abrazaba y me decía: “Mi huerfanito”. Pero no murió de ninguna enfermedad, me decía. Fue un accidente, su carro cayó al mar en un puente. Las enfermedades ya se curan casi todas, “solo que Dios no quiera” - acotaba -, menos el cáncer”, me explicaba. Y eso sí lo entendía yo. Ya sabía de una tía lejana, prima de mi abuela paterna, que vivía en una casa grande, en la esquina de la calle con más tráfico del pueblo y contra esquina de la plaza. Esa casa siempre estaba cerrada. Tenía tres puertas porque era grande y no se veía a nadie. Adentro vivía esa señora que tenía cáncer. Solo veíamos entrar al doctor de vez en cuando. Era el doctor del barrio, que atendía a toda la gente. A nosotros - a mí, mi abuela y mi madre - no nos cobraba. Decía que porque había conocido a mi padre y eran amigos. No sé. Hacía lo mismo con otras gentes y también iba a sus casas si los enfermos no podían moverse.

Mi abuela también había sufrido la muerte de un hijo; el hermano de mi madre, cuando solo tenía 12 años. Me decía que allá en su pueblo en el sur, hace muchos años, habían ido de paseo a la sierra, a un rancho cercano y que a su hijo le picó un alacrán. Estaban lejos del pueblo donde solo había un doctor y no había hospital. Nos decía que alguien le cortó con una daga el lugar donde fue el piquete del alacrán y le chupo la sangre para salvarlo, pero no pudo. Así murió siendo un niño. Yo lo recordaba como otro niño como yo. Sentía que éramos amigos desde lejos, desde donde él estaba. Nunca me causó miedo o cosas así. Era mi tío, un niño como yo y eso me daba gusto. Después en la colonia y en todo el pueblo, los del Seguro Social ofrecían una medicina para el piquete de alacrán, un antídoto, así le decían. Y es que

había muchos casos de piquete de alacrán y también de otros animalitos. A mi tía, la hermana mayor de mi padre, le picó dos veces una “viuda negra”, que decían que era la más mortal de todos los animalitos, más mortal que las víboras de cascabel. Quien sabe. Estuvo en la cama varios días y con muchos dolores, eso sí, pero no se murió. Por eso mi abuela y mi madre, cuando nos íbamos a dormir rezaban: “*San Jorge bendito, amarra tus animalitos para que no le piquen a nadie*” y me hacían que lo repitiera y me persignara.

También me sucedió que en la colonia del centro de la ciudad donde después fuimos a vivir, mi amigo Armando, el más chico de nuestro grupo se cayó de un árbol a donde siempre nos subíamos a “changear”. Eran unos árboles sauces de la india, ahora se, que los había traído a México el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas y que en el pueblo les llamaban “Yucatecos”. Eran muy grandes y de ramas y troncos gruesos a donde podíamos subir todas las tardes y fuimos arreglando, clavando tablas como bancas pequeñas a mero arriba, en la cúpula de los árboles. Desde ahí podíamos ver el caserío y hasta la plazuela que estaba a unas 3 cuadras. Armando resbaló desde arriba y pasó entre las ramas hasta caer al suelo. Se quedó como dormido. Vinieron sus papás y lo llevaron a un hospital privado por órdenes del Dr. Rojas, un médico que la familia conocía. Ahí estuvo muchos días dormido o “en coma” como decían las enfermeras. Nosotros los niños del barrio lo visitábamos y siempre estaba dormido, con una venda en la cabeza y una botella de suero a un lado, una enfermera que lo vigilaba y los doctores que había en esa clínica entraban al cuarto y le inyectaban cosas o tomaban su brazo y median su pulso. A veces, alguna señora de la colonia decía que “*no la va a librar, ya son muchos días de estar dormido*”. Nosotros, sus amigos, empezamos a pensarla como una perdida. Como alguien que ya no está en el equipo de béisbol que teníamos (o más bien “ponchito”, porque no teníamos ni manoplas ni pelotas de Beisbol y jugábamos con corchos con cinta adhesiva y unos trapitos para cachar y palos de escoba para batear), como un miembro de la pandilla que ya no está, que se fue a otra ciudad u otra colonia en el mismo pueblo. Así había pasado antes con otros niños amigos que sus padres los llevaban para otra parte. Pero no fue así, un día nos avisaron que “Armando ya despertó”. La noticia corrió por todo el barrio y la colonia. Las señoras decían que era un milagro; que “Diosito no se lo quiso llevar” y que “ya no será un angelito” como decían que iba a ser casi desde que se cayó. En pocos días se recuperó. Primero salió a la puerta de su casa y se sentó en la saliente que había en la ventana de su casa, donde solía acostarse temprano en la mañana para refrescarse en los días del calorón cuando todos dormíamos afuera de nuestras casas, en los patios y en catres de lona fresca. Después siguió “como si nada”. A todos se nos olvidó lo que pasó y volvimos a “changear” en los árboles y ya no teníamos ningún miedo. Claro, nuestras mamás o los demás adultos

cuando pasaban debajo de los yucatecos, nos decían: ‘*Pero qué necios son; ¿nunca van a entender? ¡Bájense! ¿Quieren que se muera alguno?*’

Cuento 4. BETTY LA LOQUITA

Por Benjamín Castro Guzmán

En la casa mi madre y mi abuela habían decidido poner una fonda para abonados. Es decir, un lugar donde la gente puede hacer las tres comidas diariamente y pagar el día de la raya o la paga. Decían que había mucha gente que estaba llegando al pueblo sobre todo en las zafra, cuando había cosechas de algodón o de trigo. Muchos solo pasaban por el pueblo unos días y se seguían hacia “el otro lado” donde había mucho trabajo y ganaban más dinero, según decían algunos. Pero otros se quedaban, porque también acá había mucho trabajo. Así que había muchos “abonados” en la casa. Siempre estaban llenas dos mesas grandes donde cabían hasta 8 personas. Les hacían comida del sur, decían, como huevos con nopalitos o moles y todo con tortillas de maíz hechas a mano. No sabían hacer, por ejemplo, las tortillas de harina, huevos con jamón o los “hotcakes” que se usaban en el pueblo o que hacían en la casa de mis abuelos paternos. Mi abuela y mi madre eran del sur, pero el pueblo era del norte y les gustaban las cosas al estilo gringo. También llegaban los “húngaros” como les decían a los gitanos, con sus carretas grandes donde vivían. Ponían cine en las noches al obscurecer y cobraban 20 centavos a los niños. También salían a las calles y ofrecían leer la suerte, pero la gente les tenía desconfianza y decían que te podían robar. Solo tomaban tu mano, la miraban un ratito y empezaban a decir cosas. A algunos les gustaba porque les hacían reír o les prometían muchos beneficios.

En ese tiempo llegaron también la familia Echeverría. El padre era un topógrafo que vino a trabajar en las obras de una presa y en los canales de agua en el campo. Era una familia grande y el papá salía temprano en la mañana con aparatos detrás de su camioneta. Con esos medían distancias y le decían a las máquinas como raspar la tierra hasta cierto nivel para hacer calles o abrir los canales. Uno de los hijos era nuestro amigo. Había tenido polio de chiquito y quedó con el brazo y la pierna izquierda muy delgados, pero él se sentía galán; el galán de la pandilla, porque tenía los ojos azules y el pelo casi rubio, como si fuera gringo. Es más, yo tenía otros dos amigos que sus papás habían venido desde el sur, para trabajar en las obras de los campos. Uno de ellos manejaba una raspadora o motoconformadora. El otro nunca supe que hacía, pero salía igual, muy temprano en la mañana para volver hasta en la tarde. Unos pocos años después regresaron a sus pueblos más al sur o se fueron a otros lados del país donde había de esas y más trabajo.

De los que más recordábamos los niños era uno que le decíamos, “el de la guerra”. Él nos contaba historias de la guerra por las tardes. Llegaba al puestecito que era propiedad del “guerito”, un señor que también venía muy del sur y que tenía un puesto con ruedas donde poco a poco se fue haciendo clientela por las aguas frescas que vendía en el verano junto con las sandías y las jícamas, pepinos y gelatinas que vendía en tiempo de frío. El señor - “el de la guerra”- había ido a la guerra, decía, y ahora estaba pensionado y trabajaba de velador de los almacenes de trigo por la noche. Decía que había ido a Corea, pero nosotros sólo sabíamos de China y Japón porque había familias en el pueblo que tenían tiendas, tortillerías o boneterías, que venían de esos países. No sabíamos de Corea. Una vez nos preguntó el señor de la guerra: - ¿Saben niños que es lo más importante para un soldado en la guerra? -, varios contestamos: - ¡No tener miedo! -, pensando quizás en las aventuras como las del Llanero Solitario, las de Red Rider, las de Hopalong Cassidy y otras de vaqueros que leímos en los cuentos con imágenes que se rentaban en una de las tiendas del barrio a 20 centavos. A eso el señor de la guerra nos contestó: –No niños, lo que más importa es la ¡ESTRATEGIA! –dijo con mucho énfasis en esa palabra y señalándose la cabeza con los dedos de la mano. Nosotros no sabíamos qué era eso y él se ponía a explicarnos que era de diferentes maneras y era muy divertido porque él siempre estaba muy serio, pero sabía que todo lo que nos decía nos haría reír.

De entre tantos que llegaron un día llegó uno que llamó la atención de todo el barrio. Era un tipo joven y fornido, que vestía como de ciudad, pero ligero, no con traje ni corbata, pero sí ropa de vestir. Le pusieron el “forastero” porque era diferente a los de aquí y a los otros que llegaron. Fue abonado de la cocina de mi madre y mi abuela, y le rentaron uno de los cuartitos en nuestro patio que habían construido de madera y láminas de asbesto que eran más resistentes. No le preocupaba porque no tenía planes de quedarse mucho tiempo, según decía. Era piloto de los aviones fumigadores. Los agricultores lo habían contratado para fumigar diferentes campos. La gente de la algodonera le recomendaron abonarse en nuestra casa. Él era muy platicador y de buenos modales y eso encantaba a las señoras que decían que era muy guapo y atento, “no como los rancheros corrientes de aquí”, decían.

En el pueblo había una joven muy bonita - la más bonita del pueblo, decíamos nosotros -, que vivía cerca de mi casa y pasaba a veces por nuestra calle. Se llamaba Betty, y cuando pasaba los niños le decíamos cosas y ella bromeaba.

Una vez le dijimos – ¡Betty, dice el Jorge que es tu novio!

Jorge era el niño más grande de la pandilla, ha de haber tenido unos once años y nos decía: – Cállense, no le digan eso, van a ver he...

Y ella contestaba riéndose: —Eso no se va a poder.

—¿Por qué? - preguntábamos todos.

—Por qué voy a ser monja, estoy estudiando para monja —decía y se reía a carcajadas.

Quien sabe cómo pasó pero un día la vimos platicando con el forastero. También la vimos caminar con él dando la vuelta en la plazuela. Después vimos que fueron juntos al cine que estaba cerca y ya de noche - como a las 8 de la noche -, e iban solos sin “chaperón”, o sea, sin ningún hermanito o algún acompañante de la familia de ella. Después ella empezó a visitarlo al cuartito que le rentaba en mi casa. Pasaba las tardes con él. La gente empezó a decir cosas por lo que hacían. Había muchos rumores y cuentos. Las señoras decían que el forastero le había “sorbido el seso” a Betty con sus buenos modales y su verbo. Que los jóvenes del pueblo “no le llenaban el ojo” y por eso se había enamorado de él y que de seguro se casarían pronto.

Pero no pasó eso. El forastero un día se fue y ya no se supo de él. Creo que terminó de fumigar los campos que le habían pedido y como era el único piloto en esos días, se tardó un poco, creo que todo el verano y se fue por ahí en octubre, después del día de la raza.

Betty empezó a cambiar. Ya no salía y si lo hacía se cubría la cara con una mantilla y caminaba rápido como si le diera vergüenza. Ya no nos saludaba ni volteaba a vernos a los niños. Su cara empezó a cambiar y ya no se pintaba. Se fue poniendo como amarilla y le salió un poco de bigote. Pero eso no fue lo peor. Pronto empezó a enflacar y sus piernas llenitas enflacaron. Empezó a usar tobilleras, como si fuera niña de primaria y ya se le caían por lo flaco de sus piernas. Pasaron algunos años y Betty pasó a ser “la loquita” del pueblo. Igual que otro joven señor que decía que era Pedro Infante y que cuando pasaba por nuestra calle se ponía a cantar con una taza blanca para el café, que él decía que era un micrófono. “¡Pedro Infante canta!”, le decíamos, y él feliz; se paraba a cantar y hacía ademanes imitando el cantante que era muy famoso entonces. Pero con Betty no fue así. Su aspecto era sombrío, solo salía a la calle del brazo de su mamá. Su ropa estaba sucia y ella también, probablemente no se bañaba a pesar del calor y olía a orines. No volteaba a ver a nadie, como si no nos pudiera ver.

El forastero nunca volvió, como ya les dije, pero después - no sé cuántos años después -, supimos que había muerto; que se estrelló en su avioneta en una zona del norte del país donde andaba fumigando. Eso era lo que Betty sabía y nosotros no. Él no se había burlado, él no la abandonó. El murió.

Cuento 5. EN EL ROLLO

Por Benjamín Castro Guzmán

Duró solo unos segundos que nos parecieron muy largos, como si fueran en cámara lenta: El presidente de la república estaba frente a nosotros, a unos 10 metros o un poquito más, y nos miraba severo, pero con un dejo de comprensión o benevolencia, quizá porque la mayoría éramos preparatorianos junto con otros mayores que eran de facultad. Con su mirada repasaba las pancartas y mantas y lo que ahí decía y también nuestros rostros. Éramos más de 100. El presidente había ordenado a su chofer y comitiva que detuvieran el auto descubierto en que recorría la avenida frente a la universidad. Nosotros estábamos en una escalinata frente a la universidad al otro lado de la calle. Nos miró y nosotros también, fue como si nuestras miradas se cruzaran, la de cada uno de nosotros con la de él y luego nos dijo: “Viva México jóvenes, Viva México, jóvenes” y ordenó al chofer que avanzara. Nosotros seguimos gritando lo que decían nuestras mantas y pancartas: “Fuera el Rector traidor”; “Exigimos un nuevo plan de estudios”; “Exigimos una educación científica y moderna”; “Democracia en el Consejo Universitario” y otras por el estilo.

Después de, los que éramos dirigentes del movimiento estudiantil, decidimos hacer una reunión rápida en la casa de unos estudiantes foráneos, unos que venían de Baja California. Ahí el dirigente más importante (un maestro muy informado al que el movimiento estudiantil había logrado imponer en una facultad y obtuvo su plaza “a título de suficiencia” porque el nunca terminó su carrera y siguió sus estudios de manera libre y autodidacta pero sabía más que los maestros con título) nos dijo que después de lo que hicimos podría venirse la represión, no tanto de parte del presidente y la SEGOB y sus agentes, sino del gobierno del estado que es un aliado de los terratenientes que controlan la universidad y el patronato para sus fines y no quieren perderla. Nos dijo que deberíamos revisar los diarios del día siguiente y también los noticieros de la TV y radio, que estuviéramos muy pendientes.

Cuando el maestro se fue nosotros nos quedamos platicando. Sabíamos que si mañana los periódicos publicaban sobre lo que pasó con el presidente nos iría mal, sobre todo temíamos a uno de los diarios donde escribía un periodista que lanzaba a diario calumnias e inventaba cosas en contra de nosotros, de los dirigentes y de los maestros que apoyaban al movimiento. Pero también temíamos que aparecieran fotografías. Que salieran nuestras caras. Magdalena, por ejemplo. Era muy activa en el movimiento y se había formado en las feministas francesas, pero era hija de un terrateniente francés que vivía en la ciudad. No quería que su

padre le viera en la foto, quería seguir en el movimiento, pero su padre podía sacarla de la universidad y meterla a una escuela privada. Ella como otras compañeras y compañeros de familias acomodadas simpatizaban con el movimiento porque se hartaron de la vida “en sociedad”, como le decían a la vida de los ricos. Esa vida estaba llena de prejuicios y clasismo, donde importaba mucho como te apellidabas, cómo te vestías, que auto traías, si hacías viajes o no, si ibas seguido a la frontera a comprar ropa y otras cosas así. Esto los hacía inclinarse al movimiento y buscar alguien a fin en el como pareja. Hubo muchas parejitas así, incluso de algunas compañeras que aparte, en “la sociedad” tenían otro novio oficial, el que sus familias les imponían como “buen partido” porque tenía dinero y negocios. Otros compañeros temían a esa foto en los diarios porque pertenecían a familias religiosas, o porque sus padres eran funcionarios públicos, como algunos de los de los foráneos de Baja California que su padre era un jefe de la policía de la capital de ese estado. Nosotros no, los de clase media y media baja no teníamos temor a una foto así. Al contrario, sentíamos que nuestros familiares se sentirían orgullosos porque habíamos podido estar frente al presidente de la República y que este nos contestara. O creímos que la foto nos serviría para impresionar a alguna chica o chico que nos gustara en la universidad.

Y es que el movimiento en la universidad nos unía a todos. Era como un arroyo al que todos llegábamos buscando agua pero por diferente sed. Los de clase media o clase media baja, porque queríamos una mejor educación, conocer más sobre el mundo y sobre la gente. Tener una mejor formación para así tener mejor futuro y para eso nos enviaban nuestros padres a la universidad, para que fuéramos mejores que ellos y viviéramos mejor. Los de las familias acomodadas porque querían escapar de sus círculos sociales donde tenían una vida vacía y sin propósito. Nosotros, yo y algunos amigos que veníamos de un pueblo del sur; porque el movimiento era algo que nunca imaginamos en nuestro pueblo, donde la vida se reducía e ir a la escuela, juntarse en las tardes para platicar y hacer bromas sobre chismes, la ropa que usábamos, las chavas que nos gustaban a cada quien, los problemas de alguno etc. Todo era dentro de los límites del cuadro exacto que era nuestro pueblo. Limitado por 4 calles. La vida era oscura, podríamos decir, sin ninguna luz al final del túnel porque no había túnel, solo oscuridad que veíamos como normalidad. Oscuridad en la mente y el alma. En el movimiento, en las marchas, los mítines o las largas discusiones en las asambleas o en los jardines y las cafeterías de la universidad, había de todo. Se discutía sobre la sociedad y la economía, pero también sobre el sentido de la vida o sobre los héroes de la historia y también sobre ciencia. Se leía a Marx, a Lenin, a los brasileños como Do Santos, a los franceses como Jean Paul Sartre y sus contrarios como André Glucksmann. Por supuesto a los mexicanos como José Revueltas u Octavio Paz etc. y muchos otros de los escritores y poetas de moda en aquellos

años. También, constantemente venían conferencistas y estudiantes de otras universidades como intercambio o de visita y traían ideas nuevas, noticias, de todo. ¿Qué queríamos? Era algo muy ambicioso, no solo algo por obtener de inmediato. Queríamos, como decía un compañero muy bromista: “Saber, cómo está el pedo y agregaba, Marx sabe cómo está el pedo”. En donde “el pedo” lo es todo, entender la totalidad de porqué o cómo funcionaba todo, la sociedad, el gobierno, el país, el mundo. Obviamente, era imposible. Pero nos apasionaba intentarlo y esa pasión no se encontraba en ninguna otra parte que no fuera el movimiento.

Y si, ocurrió como se temía, al otro día los periódicos le dieron sus primeras planas a lo sucedido con el presidente: “Revoltosos le gritan al presidente faltándole al respeto”. Otro que decía: “Agitadores insultan al presidente pero este responde con patriotismo” y así por el estilo. Todos los diarios en contra de nosotros y los noticieros de la TV igual o peor. Y si, todos ellos publicaron la foto que temían algunos. Nuestras caras se podían ver nítidamente en ella. Como si las hubieran resaltado con alguna tinta o algún truco técnico. Ahí estábamos todos, Magdalena, yo y mis amigos que veníamos de un pueblo del sur. Los hijos de funcionarios o de familias católicas etc. Todos y nuestros rostros se veían muy clarito, como si estuvieran bajo un lente de aumento.

A mediodía nos reunimos en la universidad, fue una especie de asamblea, aunque no oficial ni nadie la convocó. Sola se fue dando, todos fueron llegando. Los estudiantes fueron contando lo que había provocado la foto en sus familias. Hubo algunas regañadas, pero nada grave. A nadie le prohibieron volver a la universidad ni mucho menos. Solo un “cuídate hijo, no hagas locuras” o “no descuides tus estudios por andar en eso”. O lo más grave y severo de parte de una de las hijas de familias acomodadas: “Si te preguntan tus tíos que si eres tú la revoltosa esa de la foto, diles que no es cierto, que es un invento de los periódicos”.

Pero la foto también causó cosas buenas. El padre de uno de nuestros compañeros se fue a uno de los periódicos temprano en la mañana y buscó al director y cuando pasó a su despacho le dijo: “Yo estoy orgulloso de mi hijo y de lo que hace, ya quisiera usted tener un hijo así. No es ningún agitador, es un idealista”, dijo con mucha energía y emoción pero sin gritar y agregó: “debería darle vergüenza andar atacando a los muchachos que luchan por mejorar las cosas”. El director fingió no importarle y usó su cinismo para no contestar, levantarse de su escritorio y salirse del despacho. Pero la temida foto también causó cosas más grandes y un casi milagro. En mi pueblo, donde casi nada se mueve nunca, brotó el movimiento estudiantil y uno de mis mejores amigos de la niñez y de la adolescencia a quien apodaban “el ciego”, porque siempre uso lentes, desde que éramos niños; junto con otro amigo

de una familia indígena, encabezaban ese movimiento en el tecnológico local y unas prepas, en contra del dominio de los terratenientes y de los abusos e injusticias de los directivos. Hacía mucho tiempo que en mi pueblo nada se movía, desde las viejas luchas de campesinos de unas décadas antes por lo mismo el pueblo se cimbró, la gente hablaba de eso y discutía en las largas tardes platicando en la banqueta frente a sus casas, casi todos con una simpatía por los jóvenes rebeldes.